

XIII.

Sea que Luis XVIII no hubiese juzgado conveniente recompensar tan pronto en Didier el celo monárquico empleado por tanto tiempo en la defensa de otra causa, sea que la segunda caída de aquel príncipe y el segundo advenimiento de Napoleon hubiesen convertido á aquella alma voluble á otra fortuna, es lo cierto, que despues de la vuelta del rey en 1815, se mostró Didier tan exasperado contra aquel príncipe y tan exaltado en su enemistad contra él, como entusiasta y fanático de la restauracion se habia mostrado seis meses antes. Demasiado discreto y previsor para no comprender que Napoleon, vencido ya por la Europa, abandonado de la Francia y relegado á la roca de Santa Elena, no tenia en su destino un tercer reinado que esperar. Didier visitaba asiduamente á los empleados mas importantes de la casa de Orleans. En esas casas fué donde pocos dias antes de su empresa, se le oia desahogarse en voz alta en alusiones y sarcasmos contra la córte, contra los príncipes y contra el rey, y ostentar, entre las sonrisas y las aprobaciones íntimas de su auditorio, el odio y el resentimiento profundo, cuyo móvil no debia tardar en revelarse. ¿Habia concierto entre aquellos hombres afectos á la domesticidad íntima del duque de Orleans y Didier? No lo creemos. Su carácter lo repugnaba, y el mismo duque de Orleans no hubiera provocado ni escuchado de la boca de sus servidores planes de conspiracion contra su raza; pero en esas conversaciones habia por lo menos concierto de oposicion y acritud contra la casa real, y Didier, exaltándose hasta la temeridad delante de aquellos hombres, pensaba indudablemente, lisonjearlos, si ya no es que creia seducirlos (1).

(1) La casualidad nos hizo entonces testigos de estas conversaciones, cuyo recuerdo de nadie tomamos mas que de nosotros mismos.

XIV.

Sea de esto lo que quiera, pocos dias despues se supo que Didier habia dejado á París, que habia recorrido los departamentos vecinos de Lyon so pretexto de asuntos personales; que habia tenido en aquella ciudad relaciones y conferencias que no se habian escapado á la policia, con los individuos de una asociacion de la independencia nacional, los cuales al poco tiempo fueron presos como conspiradores, que la mayor parte eran hombres vendidos de corazon á la causa bonapartista; que habia vuelto á París como autor de una trama cuyos hilos habia ido á anudar, y que por último se habia marchado borrando completamente sus huellas.

Hallábase ya en las cercanias de Grenoble, donde los lugares le eran conocidos como los hombres. Los habitantes de aquellas montañas, raza patriótica, soldadesca y bulliciosa, eran los mismos á quienes habian seducido los emisarios de Bonaparte antes del 20 de marzo, y los que formaron parte de su ejército despues de su union con Labedoyere.

Desde que Grenoble habia decidido con su defeccion de la suerte de la Francia, aquellos campesinos creian reconquistar á la patria, reconquistando las murallas de aquella ciudad. Los muchos oficiales y sargentos, que á consecuencia del licenciamento se habian refugiado en aquellos pueblos, mantenian en ellos el fanatismo del nombre del emperador, y Didier sabia perfectamente que solo este nombre tenia la suficiente popularidad póstuma entre aquellas poblaciones para sublevarlas. Una vez levantados á este nombre y espulsados del trono los Borbones, los hombres políticos cambiarian fácilmente la bandera en la que la ignorancia y la preocupacion ha-

brian inscrito á Napoleon II, cautivo en Viena, y darian á la insurreccion victoriosa la única significacion dinástica que podia tener el duque de Orleans. Esto no era mas que repetir la conjuracion abortada de los generales Lallemand en 1815, que hacian marchar á sus soldados al nombre del emperador, marchando ellos mismos á otro fin. Poco importaba á Didier la bandera, siempre que esta bandera agrupara á los soldados y al pueblo y lanzara del trono á los Borbones que lo ocupaban.

XV.

Oculto á los vigilantes del gobierno bajo el nombre de Augusto, Didier habia recibido hospitalidad en la aldea de Quaix, en la casa de un antiguo oficial del ejército de Egipto, apellidado el Dromedario, por alusion á la rapidez de sus correrias por el desierto cuando mandaba los guias de Napoleon. Este oficial, afamado por su adhesion á su antiguo gefe y popularizado en aquellas montañas por las *leyendas de Oriente*, ejercia gran prestigio sobre sus compañeros de armas en Grenoble y en los pueblos inmediatos. A favor de ese prestigio pudo reunir en su casa á los oficiales, sargentos y paisanos de mas confianza y les presentó á su huésped Didier como el hombre que poseia el secreto del destino, que venia á traer á su pais el pensamiento, la señal y el honor de la patria. Didier, cuyo nombre y fisonomía conocian la mayor parte, les arengó y leyó una proclama artificiosamente redactada y en la que solo se invocaba el nombre de *independencia nacional*. Esta proclama atribuia todas las desgracias y humillaciones de la Francia á los ingleses, y llamaba al pueblo á las armas contra el extranjero, sin explicarse sobre la clase de gobierno que personificaría aquel movimiento nacional. Los campesinos, que solo comprenden

los nombres populares, quedaron admirados. El huésped de Didier reclamó contra una reticencia que robaba el nombre del emperador al entusiasmo de sus veteranos. Didier consintió en satisfacer todos los deseos, hablando alternativamante de Napoleon II al vulgo de los conjurados, del duque de Orleans á la parte mas escogida y de un movimiento de independencia nacional á la multitud. De este modo recorrió las montañas, los valles de Grenoble hasta Chambéry, Eybens, los Adrets, Pontcharra y Tencin, alistando secretamente en todas partes agentes secundarios de su causa, animando con el fuego de su odio los corazones de sus partidarios y arrojando á la aventura en sus proclamas y en sus banquetes nocturnos, ó el nombre de Napoleon II ó el misterioso de otro principe. Joly, el gefe del batallon Briellet, el capitán Polissier, el antiguo guarda-bosques Cousseaux, Joannini, oficial piemontés, casi todos restos del batallon sagrado que se habia agrupado alrededor del emperador en Grenoble y le habia acompañado á Paris llegaron á ser los agentes activos y los gefes futuros del levantamiento. Por medio de semiconfidencias lograron preparar para acontecimientos desconocidos á trescientos oficiales ó sargentos de la ciudad y de los arrabales. Empero sus esfuerzos no obtuvieron el mismo resultado en la clase media, en el pueblo y en las escuelas, donde no pudieron hacer tantos prosélitos. Sin embargo, en Vizille, un ugier llamado Charlet, Dussrl, antiguo *maire* y guia del ejército de los Alpes en Allemont; Durif, *ex-maire* de Vaujany; Drevet, antiguo soldado de la guardia; Buisson; Genevois; Duffrene; Guillot; Dumoulin, en La Mure; Bremet, notario; Milliet, propietario en Goncelin; Santon, maestro de postas en Lumbin; Adine, inspector de aduanas en Pontcharra; Julien, teniente de aduaneros; Jurbert, capitán del mismo cuerpo, Joly, teniente licenciado en Tencin; y todos aquellos á quienes el odio contra los Borbones, la antipatía contra el extranjero, los recuerdos de la república, el fa-

natismo por Napoleon, la ambicion frustrada, la pérdida de su fortuna, la postergacion en su carrera y la ociosidad fastidiosa, podian estimular y arrastrar á las tentativas desesperadas para subir á la superficie de las cosas, recibieron la consigna, las insinuaciones íntimas, las promesas engañosas, la seguridad de la cooperacion de París y del concierto con el Austria, en fin, la señal y el soplo de la conspiracion. Los republicanos de Grenoble, individuos de otras sociedades secretas igualmente hostiles á los reyes, conocieron el complot, desconfiaron de él y se negaron á tener la menor participacion con los conjurados. Mas consecuente ese partido consigo mismo no queria entregarse por cambiar una monarquia que le pesaba, por una tiranía que bajo el nombre de Bonaparte habia ya vendido su causa y arruinado sus esperanzas. El yugo militar y durísimo de un segundo imperio le humillaba de antemano mas que el yugo ligero, fácil de sacudir de un rey pacífico y constitucional. Dejaron, pues, á Didier, á sus soldados imperialistas y á sus incautos campesinos correr á la sedicion, al triunfo ó á su ruina, contentándose con no venderlos, pero sin auxiliarles de otro modo que con su silencio é inercia.

XVI.

El invierno habia pasado en estos preparativos que mil sordos rumores hubieran podido descubrir á la policia, si hubiera sido mas vigilante. En los primeros dias de la primavera habia ido Didier á Saboya y hasta Turin para anudar al pie y mas allá de los Alpes algunos hilos de su conspiracion. Habiendo vuelto en los últimos dias de abril al centro de sus tramas, dió la señal para la noche del 4 de mayo. A esta orden transmitida de pueblo en pueblo por los oficiales y habitantes alistados en la

conjuracion, se arman los conspiradores al anochecer, se levantan á los gritos de *Viva el Emperador!* se forman en pequeñas columnas, á las órdenes de los antiguos militares de sus comunes, se dirigen hácia la villa central de Eybens, donde habia establecido Didier su cuartel general, y se ponen en marcha sobre la ciudad, donde nada habia despertado todavía la menor sospecha, pues el secreto habia sido guardado como por una sola alma. Tres ó cuatro mil hombres organizados y armados se hallaban á pocos pasos de Grenoble, y sin embargo el general, el prefecto y los coroneles reunidos en una casa, se entregaban con la mayor seguridad al placer y á la diversion, pues el carácter de las conjuraciones populares es estallar sin haber avisado. Cuando en el corazon de todos existe el mismo pensamiento, no hay necesidad de hablar, el misterio concierta y el silencio habla.

Didier marchaba á caballo á la cabeza de aquellas columnas reunidas, viendo desde lo alto de las últimas colinas las puertas y las murallas desarmadas de la ciudad, felicitándose del triunfo seguro de su causa y proyectando marchar al dia siguiente sobre Lyon, con el parque de artilleria, seguido y precedido de la insurreccion irresistible de aquellas provincias, y sublevar á París y á toda la Francia bajo los pasos del estrangero sorprendido y del trono desplomado.

XVII.

Mr. de Montlivault, prefecto de Grenoble, el general Donnadieu, comandante del departamento, el coronel Vautré y algunos otros gefes de la guarnicion hablaban juntos, cuando un hombre desalentado y fatigoso, la ropa en desórden y los pies llenos de polvo, se presentó en el salon y pidió que le oyeran al punto el general y el pre-

fecto. Ese hombre era el adjunto de Larmure, el pueblo mas importante y separado de las operaciones de Didier, célebre por el encuentro de Napoleon y de Labedoyere, y en el cual parecia que aquellos dos grandes conspiradores habian dejado su espíritu. Informado de la conspiracion, en el momento en que los conjurados de Lamure corrian á las armas, aquel magistrado, llamado Mr. Cluczin, fiel al rey y presagiando las desgracias públicas, ensilló su caballo y saliéndose de Lamure por senderos y atajos que él conocia, se dirigió al galope hácia la ciudad á fin de avisar á las autoridades realistas y evitar un choque mortal á los dos partidos. Cruzando en su camino por otras columnas transversales que descendian de las montañas hácia Eybens, tuvo que abandonar su caballo temeroso de ser delatado por el ruido de sus herraduras y corrió á pie á dar la señal del peligro y de la resistencia. « Todos los habitantes del campo marchaban sobre Grenoble, sus fuegos convenidos brillaban ya sobre los picos que dominaban á la ciudad, y se podia oír desde lo alto de las murallas el rumor sordo y los pasos de la multitud armada de que iban á ser acometidos. »

Al oír estas palabras, los unos dudan, los otros se sonríen de las exageraciones y quimeras de la imaginacion delatada por el miedo, y los otros se alarman y dispersan para ir á tomar mejores informes. Nuevos avisos de diferentes puntos del valle de Grenoble vienen á confirmar de minuto en minuto las primeras noticias. El general Donnadieu, hombre de ejecucion pronta, pero de resolucion fria, sale de la prefectura para ir á armarse y reunir sus tropas, aunque dudando todavia de la realidad y de la eminencia del peligro. La noche estaba oscura, él iba solo y marchaba á pasos lentos por la calle, cuando se encontró de pronto frente á frente con un jóven que retrocede al reconocer al general, vacila y trata de huir por el lado opuesto de la calle. Donnadieu cogió al fugitivo, le condujo al pie de un farol y á la claridad de su

reverbero, reconoce que es un oficial retirado, ve brillar debajo de su capa el puño de un sable y dos pistólas, cree tener en sus manos á un cómplice armado de la conjuracion, y conduciéndole él mismo al puesto mas inmediato, le desarma y le entrega á los soldados. Las legiones del Isere y del Herault, los dragones de Paris y la guardia nacional de Grenoble corren á las armas; un destacamento marcha sobre Eybens por un camino estraviado para explorar ó cortar la columna de Didier; mas este destacamento, demasiado tardío y débil, tropieza á muy pocos pasos de la ciudad con los insurgentes que venian animados por la multitud de oficiales que forman su vanguardia, y á los gritos de *viva el emperador* es rechazado y dispersado. Apenas habia sesenta pasos entre la columna de Didier y las puertas abiertas de la ciudad. La derrota del destacamento y los gritos que subian del llano revelan á Donnadieu la gravedad del peligro, é inmediatamente despacha al coronel Vautré para que corra á la cabeza de la legion del Isere, reúna los fugitivos y cargue al enemigo. Lánzase Vautré sobre la vanguardia de Didier que le hace fuego, y entonces se empeña entre los legionarios y los campesinos una refriega encarnizada que hacia mas sangrienta la oscuridad de la noche. Soldados veteranos de ambas partes se disputaban con igual intrepidez el terrano; los heridos y los muertos obstruyen el puente levadizo de Grenoble; pero Vautré, sostenido por los refuerzos que llegan del cuartel inmediato á la puerta, inspira su alma á los soldados, y rompiendo al fin la cabeza de la columna de los insurgentes, corre delante del peloton de los campesinos, les hace un fuego vivísimo y los obliga á retroceder. Consternado Didier con este primer golpe, corre hácia Eybens para reunir allí á sus campesinos; les arenga y anima y trata de llevarlos nuevamente al asalto de las puertas, mas rara vez tienen reparo los reveses de las insurrecciones. Asi es que el valor se desvaneció con la esperanza; el paso de los ca-

ballos de los dragones del Sena pone en fuga por todas partes á aquellas columnas desbaratadas, y el caballo de Didier cae debajo de él herido por un tiro disparado al azar, y Didier apenas tiene tiempo para levantarse y echar á huir por entre los bosques que dominan á Eybens.

Al amanecer entraba Vautré, despues de haber purgado el campo, en aquella villa abandonada, cuartel general de la sublevacion, y en la plaza desierta encuentra el cadáver del caballo de Didier y el cuerpo del capitán Joannini, tendido al lado de su propio caballo que olfateaba á su amo. Joannini tenia entre sus dientes un papel medio rasgado, y en él se leian los nombres de los gefes del movimiento, que sin duda al morir quiso sustraer á la venganza de los vencedores. Vautré siguió su victoria hasta La Mure, desarmó aquella villa y los pueblos sospechosos, y volvió á Grenoble con los despojos de la insurreccion, con carretas llenas de armas y prisioneros. Al llegar cerca de la puerta de Grenoble, uno de aquellos prisioneros, el notario Guillot, pasó por el mismo camino empapado aun con la sangre de su hijo, muerto la víspera en el asalto de aquella puerta. Seis cadáveres y multitud de heridos esparcidos por los senderos de Eybens á Grenoble marcaban las huellas de aquella conspiracion.

XVIII.

Tal fué el desenlace de la trama sangrienta, aunque breve y sin resultado de la conspiracion de Didier. Victoriosa no hubiera tenido consecuencia ninguna sobre el resto de la Francia; vencida, no dejaba otros vestigios que suplicios. Las autoridades militares y civiles de Grenoble quisieron sin embargo exagerar su importancia á fin de aumentar sus servicios. Aquellos hombres no la inventaron ni la provocaron, como insinuó el espíritu de

rivalidad y de recriminacion entre los mismos vencedores; pero dejaron propagar su eco mas allá de sus proporciones verdaderas, y de este modo autorizaron involuntariamente al gobierno á concebir temores desproporcionados al peligro y á imponer castigos desproporcionados tambien al crimen.

Al dia siguiente de aquella noche funesta, el general Donnadieu, impaciente por probar su reciente adhesion á los Borbones con la brillante relacion de un servicio inmenso hecho á su causa, escribió á los generales de los departamentos vecinos en términos que carecian de modestia y de verdad. «*Viva el rey*, decia en el despacho dirigido á sus colegas, *viva el rey*. En el espacio de tres horas no ha cesado de correr la sangre, *viva el rey!* Los cadáveres de sus enemigos cubren todos los caminos que conducen á esta ciudad... Desde media noche hasta las cinco de la mañana, no ha cesado el fuego de fusilería en el radio de una legua... Todavía en este momento la legion del Isere, que se ha cubierto de gloria, se halla en persecucion de los fugitivos, y llegan aqui los prisioneros á centenares... El tribunal prebostal hará pronta y severa justicia.»

Tales eran las espresiones indignas de un gefe militar, que no hace mas que cumplir con un deber facilísimo, por medio de las cuales anunciaba el general victorioso á la Francia y al gobierno, el principio y término de aquella conjuracion. Ellas esplican las exageradas emociones y la prontitud de represion del mismo gobierno. Una victoria sobre las facciones interiores, era para él una consolidacion brillante y solemne á los ojos de la Francia y del extranjero, porque era muy natural que tratase como su general, de exagerarse á sí mismo el peligro para exagerarse el triunfo. Pero ¿habia necesidad de precipitarse á teñir inútilmente de sangre estas exageraciones?

El prefecto de Grenoble dirigió una proclama á la

ciudad en términos mas moderados; pero declarando que el tribunal prebostal iba á imponer á los delincuentes la pena capital sin dilacion alguna y sin indulgencia. Mas de cuatrocientos presos llenaban las cárceles. El tribunal reunido el 6 de mayo condenó á la pena de muerte á Drevet, Buisson y David que habian tomado las armas en el combate nocturno de la anteyispera. Al dia siguiente fueron conducidos al suplicio, á donde marcharon cantando canciones patrióticas, y su último grito de ¡*Viva el emperador!* fué sobre el cadalso lo que habia sido en el campo de batalla.

No parecia sino que se queria quitar el tiempo á la reflexion y evitar con la prontitud del suplicio las esplicaciones, el arrepentimiento, las disculpas y la clemencia que podia surgir de una instruccion tomada á sangre fria. El mismo gobierno, aturdido con los despachos de Grenoble, se prestaba demasiado á aquella precipitacion, y con la rapidez de sus medidas y el número de sus víctimas daba crédito á sus peligros y á su fuerza. Acosado en París por las reconvencciones de debilidad que le dirigian en la Cámara, en los periódicos y en la corte del conde de Artois, aprovechaba aquella ocasion de desmentir las sospechas de los ultrarealistas, mostrándose tan irritado é implacable como ellos.

El ministro de Policía Mr. Decazes, espidió una circular en la que declaraba en estado de sitio á catorce departamentos, premiaba las delaciones, provocaba las prisiones, avivaba el celo, llamaba á las armas á los poderes militares y ponía á los ciudadanos sospechosos á disposicion de los poderes civiles. «Que tiemblen los malos ciudadanos, respondian á esta circular el prefecto y el general Donnadieu. Las autoridades tienen un poder discrecional; en cuanto á los rebeldes, la cuchilla de la ley va á caer sobre ellos.» El mismo general, renovando por un órden del dia las prescripciones romanas, reputaba crimen capital la hospitalidad aunque fuese involun-

taria. Esta órden del dia prescribia que, «los habitantes de la casa donde fuese encontrado Didier serian entregados á una comision militar para ser pasados por las armas.» Y llevando el vilipendio del honor hasta poner precio á la traicion y al asesinato, añadía la órden: «Se concede al que entregue á Didier muerto ó vivo una suma de 3,000 francos.» El prefecto ratificaba dos dias despues estos decretos terribles, haciendo estensivo el crimen de hospitalidad y compasion á todos los que á sabiendas hubiesen dado asilo á cualquiera individuo que hubiese pertenecido á las turbas sediciosas. «Será preso, decia el prefecto, condenado á la pena de muerte y su casa demolida.»

No habia usado de otro lenguaje Couthon en su consulado de Lyon en 1793. Todos los partidos se acusan y se parecen, cuando no colocan sobre sus resentimientos la conciencia, la ley y la humanidad.

El tribunal prebostal, demasiado lento, fué reemplazado por un consejo de guerra, tribunal armado, donde el coronel Vautré, que habia combatido la vispera, juzgaba al dia siguiente á los prisioneros.

XIX.

De veinte y un condenados á muerte, solamente cinco fueron indultados, y dos obtuvieron el sobreseimiento; los demas pagaron con su vida el dia 10 de mayo su delito de rebeldia; la mayor parte eran campesinos arrastrados por el torrente de la sedicion, cuya sangre inútil no consolidaba ninguna causa. Cayeron en masa atravesados por las balas, no dejando mas que cadáveres casi desconocidos á aquella carnicería de justicia.

Sin embargo, el 12 de mayo llegaron á París las peticiones de indulto ó sobreseimiento dirigidas por el mismo

consejo de guerra y recomendadas por el general y el prefecto. Todos creían en Grenoble que el gobierno, satisfecho ya con aquellas dos hecatombes, participaría de los escrúpulos de su propio tribunal, mucho más, habiendo entre los siete condenados, cuya ejecución se había suspendido, hombres dignos de compasión y hasta jóvenes arrastrados á la sedición por sus propios padres. ¿Qué consideraciones políticas pudieron pesar sobre el consejo del rey y sobre la mano del ministro de policía? Pueden casi adivinarse, pero no hay derecho para decir las. Presión de los realistas, concesión de sangre á su terror, emulación de celo, sed de ejemplo, miedo á ser acusado él mismo si disculpaba á los reos; cualquiera que fuese el motivo, interés ó temor el que dictara la respuesta del ministro, esta respuesta partió implacable, inesperada, siniestra; partió por el telégrafo, instrumento aéreo, imperfecto de comunicacion, en la que una sílaba omitida ó truncada llevaba la vida ó la muerte á siete hombres. ¡Unico ejemplo de suplicio mandado como en Oriente por señas! Aquella respuesta consternó á los jueces y á los mismos ejecutores:

«Os anuncio de orden del rey, decia el despacho, que solo se indulta á los que hayan revelado cosas importantes.

»Los veinte y un condenados deben ser ejecutados, asi como David.

»El decreto del 9, relativo á los encubridores, no puede cumplirse á la letra.

»Se prometen veinte mil francos á los que entreguen á Didier.»

XX.

El mismo cielo parecia, al cubrirse de niebla, querer interceptar ó suspender aquel despacho de muerte, y dar

tiempo á los ministros para arrepentirse; pero ninguna parte llegó revocando la orden. El general y el prefecto la recibieron el 13, y aquel mismo día á las cuatro de la tarde, las siete víctimas, cuya agonía no había hecho más que prolongar el escrúpulo del consejo de guerra, marcharon al lugar de las inmolaciones, y arrodillándose á la orilla del foso de la esplanada, todavía enrojecido con la sangre de sus hermanos, recibieron la descarga en el corazon. Un niño de 16 años, Mauricio Miard, en quien ningun código civilizado reconocia la edad de discernimiento y de crimen, había marchado con los demás, al lado de un anciano que le animaba á la muerte. Mal herido por las balas, ora fuese por su estatura infantil, ora por compasión de la tropa, pues al apuntar, todos habían apartado del niño sus fusiles, Mauricio, herido apenas y cayendo con los demás al ruido de la descarga, se agita bajo aquel grupo de cadáveres, levanta la cabeza, estiendo los brazos y pide á sus asesinos la muerte por completo ó la vida. Tres nuevas descargas le conceden la muerte, y vuelve á caer inanimado sobre sus compañeros de suplicio.

El remordimiento de aquel asesinato antes de la edad persiguió despues hasta el sepulcro, como una fatalidad de su vida, á todos los hombres á quienes el celo, la emulación de servicios en favor de su causa ó la política desnaturalizada dieron un papel en aquella tragedia y una parte en aquella sangre de la inocencia.

El mismo Donnadieu, al referir el suplicio á los ministros, contó la sublevacion que había escitado en la conciencia pública.

XXI.

Asi perecian los instrumentos de la sedición, mientras que los gefes se ocultaban y libraban del castigo. El

mismo Didier, acompañado de Dussert, Durif y Cousseaux, sus cómplices principales, había logrado pasar las fronteras de la Saboya; mas abrumado por la ruina de sus concepciones, herido en la pierna por la caída de su caballo herido en Eybens, enervado y casi estenuado de hambre, de insomnio y de fatiga, quedábale que sufrir las reconvenções de sus cómplices, y muy en breve quizás su traición. «Nos habeis engañado,» le decian sus tres compañeros de fuga en el valle solitario de los Alpes, donde se sentaron por primera vez junto al hogar de un pastor, «nos habeis engañado; María Luisa no estaba en Eybens, y ningún grito ha contestado al grito de viva el emperador dentro de los muros de Grenoble!—Pues bien, sabedlo al fin, respondió el gefe, si hubiéramos triunfado, al duque de Orleans hubiera dado la Francia la corona.—¡El duque de Orleans! exclamó Dussert; Borbon por Borbon, prefiero á Luis XVIII.—Si la Francia lo hubiese desechado, replicó Didier, todo estaba previsto, habríamos proclamado la república.» Indignado Cousseaux, le abandona: Dussert y Durif siguen con él su camino al través de las montañas. La gendarmería piamontesa, avisada por el gobierno francés, espía ya sus pasos. Didier se dirigia penosamente á San Juan de Maurienne, valle que era necesario atravesar para llegar al asilo que sin duda se habia preparado en Italia ó en Suiza, al verificar sus escursiones en la última primavera. Al llegar á San Sorlin de Aave, pueblo poco distante de San Juan de Maurienne, se echó abrumado de fatiga sobre un jergon de la posada, y se quedó profundamente dormido esperando la cena que se le preparaba. Durante su sueño, le abandonaron sus compañeros Dussert y Durif. El posadero, llamado Balmain, los siguió, y ora fuese indiscrecion de Durif y de Dussert, ora mera sospecha, el resultado es que corrió á avisar á la gendarmería de San Juan de Maurienne, y á vender á su huésped, cuya cabeza sabia estaba pregonada.

Al despertar Didier, se asombra de no ver en torno del hogar ni á sus amigos ni á su huésped. Su corazón se turba; mas la muger del posadero, avergonzada de la traición premeditada de su marido, se echa á los pies del anciano, le revela el lazo que se le tendia, le da pan, cura sus pies hinchados por las heridas y por el cansancio del camino y le enseña los bosques donde podrá ocultarse á la vista de sus perseguidores. Didier se arrastra hasta la cumbre de la montaña por entre la espesa niebla, no sabiendo si corre mas peligro en Francia que en los Alpes, y cae estenuado y lleno de desesperacion sobre la tierra fria y cubierta de nieve, y se desmaya. Al recobrar sus sentidos, vuelve á bajar, entra en una quesera separada del pueblo, y allí es socorrido por la muger, y rechazado aunque no vendido por el marido. Le dan un muchacho para que le conduzca á una granja desierta y aislada, situada en una pradera al pie de las montañas donde pastan los ganados; allí se abriga y se acuesta sobre la yerba del granero.

Entre tanto su primer huésped, el traidor Balmain, vuelve acompañado de los gendarmes de Maurienne, creyendo poder entregarles á su huésped dormido. Su muger le confiesa que ha querido evitar ese baldon á su casa, y á sus hijos aquella riqueza tan mal adquirida por medio de la traición. El ambicioso mesonero insulta á su muger y á sus hijos, guía á los gendarmes, pregunta á los pastores de la montaña y sabe por uno de ellos que se habia visto á un anciano fatigado atravesar el bosque hácia la granja desierta; corre á este sitio con los carabineros, cerca la cabaña, echa la puerta abajo, descubre á Didier tendido sobre la paja, lo entrega á los gendarmes y mendiga la recompensa de los delatores. Didier, conducido primeramente á Turin, es entregado á la Francia y llevado á Grenoble al teatro de su crimen. Recibe el general Donnadieu, le interroga y supone haber recibido noticias sobre ramificaciones misteriosas que daban

mucha importancia á su conspiracion; empero Donnadieu era por su parte demasiado interesado para ser imparcial en la interpretacion de aquellas supuestas revelaciones. Por otro lado, la vanidad misma de Didier estaba interesada en exagerar el complot que él habia fraguado. «¿De qué peligro hemos escapado!» Esclamó el general hablando con el coronel Vautré, despues de su conversacion secreta con Didier. «Aunque el rey me hiciera mariscal de Francia y á ti teniente general, nada haria de mas para pagar el servicio que le hemos hecho.» Palabras que revelan la mitad del misterio de aquella conjuracion. Ligereza en unos, ambicion en otros, credulidad aqui, exageracion alli, nubes y oscuridad en todas partes.

XXII.

En cuanto Didier perdió toda esperanza, se hizo sincero y no trató ya de engañar á los demas, ni engañarse á sí mismo sobre la naturaleza del acto que él solo habia concebido, perpetrado y llevado á cabo. Su alma ligera y agitada recobró el aplomo y la tranquilidad al borde del sepulcro. Volvióse á Dios y aceptó en espiacion de su demencia la muerte que no podia evitar. Empleó sus últimas horas en la lectura de la *Imitacion de Jesucristo*, manual precioso de resignacion y penitencia cristiana. Una esposa inseparable y unos hijos sumisos y carinosos se interpusieron dia y noche entre la venganza pública y él. No trató ya de agravar, ni de paliar su crimen; antes dejó entrever que la gloria del conspirador que lo graba cambiar por medio del misterio y de la audacia la faz de su pais, habia sido el móvil principal de su conjuracion, é hizo notar, y aun pareció deplorar él mismo, la contradiccion que existia entre su vida consagrada á la causa, al amor y al servicio de los Borbones, y su muerte

merecida por un atentado contra su familia. «¡Ay! dijo, he marchado de espaldas hácia el cadalso!» Y en seguida se quedó abismado en una religiosa aceptacion de su suerte, sin mostrarse admirado ni abatido con su sentencia de muerte. Vuelto á su calabozo, pasó en él las últimas horas, dulcificadas por las bendiciones de la religion y las ternuras de su esposa, que se sepultaba de antemano en el féretro del condenado. Jamás el amor conyugal participó mas completamente del suplicio para no dejar mas que una mitad de él al moribundo. El general Donnadieu, persiguiendo el misterio político que esperaba arrancar á Didier al pie del cadalso, penetró en el calabozo un momento antes de la hora de la ejecucion. «¿Qué he de confesaros? respondió Didier á las instancias del general, dentro de una hora ya no existiré.» Y como Donnadieu volviera á insistir, le dijo; «pues bien, decid al rey que la única prueba de agradecimiento que puedo darle en cambio de los beneficios que he recibido de él, es aconsejarle que aleje de su lado, del trono y de la Francia al duque de Orleans y á Mr. de Talleyrand.» «Estas fueron, escribió el general, las últimas palabras de un hombre dispuesto á entrar en la eternidad.»

XXIII.

Entregado un minuto despues á los verdugos, le ataron las manos y cortaron sus cabellos blancos, que recogió y regó con sus lágrimas su afligida esposa, la cual envejecida en el dolor y fuerte en la muerte, se preparaba á acompañarle hasta el cadalso para recoger de este modo su sangre y su cuerpo. Preciso fué emplear una piadosa violencia para arrancar á su marido de sus brazos. Didier marchó al suplicio con la cabeza descubierta, echada una capa sobre sus hombros para guarecerse de la

abundante lluvia que caía: las calles estaban desiertas y por todas partes reinaba el silencio de la muerte. Su paso era firme, y no cesaba de mirar á los edificios, á las ventanas y á los rostros que habia conocido en su ciudad natal. Al desembocar en la plaza del suplicio, se abrió y cerró de repente una ventana, saliendo de ella un grito de desesperacion que desgarró los aires y los corazones. ¡Adios supremo de una esposa ó de una hija escapada á la vigilancia de la familia para lanzar su alma al moribundo!

Didier se volvió y puso pálido al oír aquel grito, al cual iba á contestar desde la otra vida. En seguida volvió á su oracion mental, subió sin vacilar las gradas del cadalso, separó con la mano al verdugo que queria inútilmente acomodar su cabeza debajo de la cuchilla, se colocó él mismo, y recibió como mártir el golpe que como conspirador habia provocado.

XXIV.

Con él se desvaneció una conjuracion que la llevaba toda en su cabeza. A pesar de los esfuerzos del general Donnadieu y de los hombres que habian querido dar á la conspiracion de Grenoble la importancia de una revolucion, para achacar el crimen unas veces á Mr. Decazes, otras á Mr. de Talleyrand, y otras al mismo duque de Orleans, ningun indicio vino á justificar estas sospechas en el espacio de treinta años. Las mismas palabras que habia pronunciado Didier en los últimos momentos de su vida, vagas, arrancadas por la fuerza, escuchadas por un solo testigo interesado, é interpretadas por él solo en el sentido de su propia importancia ó de su odio, eran un aviso mas bien que una acusacion. Verdad es que des-

pues de su advenimiento al trono, parecia que el duque de Orleans queria hacer de la causa de Didier su propia causa, confiriendo á su familia los empleos públicos, recompensando á sus cómplices é indemnizando á sus víctimas; pero ya se sabe que las revoluciones consumadas se constituyen casi siempre en herederas de las revoluciones intentadas, por mas que hayan sido estrañas á esas tentativas. El sucesor de los Borbones se veia obligado á aceptar, como derramada por él, cada gota de sangre vertida contra ellos durante su reinado, y la de las veinte y cinco víctimas de Grenoble habia tenido un eco demasiado siniestro para olvidarlo. Lo cierto es que Didier, si hubiera triunfado, causaba inevitablemente un cambio de dinastia, no en favor de un niño preso en Viena, sino en favor de un príncipe maduro, hábil, popular y presente en Francia. Al levantar aquel conspirador la bandera de Grenoble contra el rey, creia lisongear á los partidarios prematuros de la casa de Orleans, y aun servirles y arrastrarlos tal vez, sin querer ellos, á su victoria. El príncipe de Orleans no conspiraba ni daba á nadie el mandato de conspirar por él, esto es evidente; pero las habladurias de la córte, las acusaciones de los partidos, y las enemistades sordas de familia estallaban demasiado cerca de él entre sus amigos y servidores, para que no pareciera responsable de las inducciones que un conspirador oficioso podia sacar de aquellas apariencias. El duque de Orleans, inocente de hecho y de voluntad durante todo el curso de la restauracion, era culpable de situacion, de actitud y de silencio: Didier lo fué de vanagloria buscada en la sangre, Donnadieu de jactancia, Decazes de prontitud en servir al odio de la córte y de la Cámara, haciendo una seña de muerte á los verdugos de Grenoble, el rey de complacencia á su partido y de implacabilidad para con los vencidos que no tenian esperanza de volver á levantarse. Esta trágica intriga desatada por los cadáveres de tantas víctimas, dejó una